

## DOCUMENTO

**Cardenal Roger ETCHEGARAY**

Presidente de la Comisión Pontificia **Justicia y Paz**

*El 28 de febrero pasado, el Cardenal ETCHEGARAY presentó al cuerpo diplomático acreditado ante la Sede Apostólica la encíclica Sollicitudo rei socialis con las siguientes palabras:*

### **Una Encíclica "para todos los hombres de buena voluntad"**

Una Encíclica expresa una de las enseñanzas más calificadas de un Papa. Se comprende que ella despierte un interés particular. Primero, para los católicos: ellos son los primeros destinatarios de esta especie de carta circular que cada hijo e hija de la Iglesia recibe como una carta personal. En segundo lugar, para "los hombres de buena voluntad": desde *Pacem in Terris* de Juan XXIII, sabemos que los Papas han ampliado a menudo el círculo de sus destinatarios. Pero no hay que engañarse con esta expresión que no tiene nada de vago y no se refiere a personas de buen genio, de sentido común. Tomada del Evangelio (Lc 2,14) ella indica a los que aún sin confesar expresamente una fe en Dios manifiestan una voluntad buena, es decir acorde con la voluntad de Dios (como decía el radiomensaje de Pío XII en 1957). De las siete encíclicas de Juan Pablo II tres se dirigen también a los hombres de buena voluntad: *Redemptor hominis*, *Laborem exercens*, y ésta: *Sollicitudo rei socialis*. Son tres encíclicas que conciernen al porvenir de toda persona, de toda la sociedad.

### **Entregada a los Medios de Comunicación**

Parodiando una frase célebre de Pablo VI, retomada a menudo por Juan Pablo II, yo agregaría: no sólo la cuestión social se ha hecho mundial sino también el magisterio del Papa (especialmente sobre la cuestión social) se ha convertido en acontecimiento mundial. Nos alegramos de ello al mismo tiempo que lamentamos las leyes de los medios que sin duda hacen instantánea la información, omnipresente, pero también caleidoscópica y casi enceguecedora como los flashes que la forman. ¿Qué retendrá de *Sollicitudo rei socialis* el hombre de la calle? A través de imágenes reductoras o marginales, sabrá vagamente que el Papa (y por tanto la Iglesia) busca el bien de los hombres y de los pueblos. Es poco y es mucho. Pero no hay que quedarse allí.

# DOSSIER

Sobre la encíclica

***Sollicitudo rei socialis***

### En el corazón de *Populorum Progressio*

Es importante que todos los que tienen alguna responsabilidad en una nación o en una Iglesia particular hagan el esfuerzo de empujarse al mismo nivel en que se ha situado la encíclica para captar su verdadero alcance: el desarrollo de las personas y de los pueblos, tal como Pablo VI lo había concebido en *Populorum Progressio* y tal como Juan Pablo II desea que sea promovido.

Para comprender bien *Sollicitudo rei socialis*, bastaría en el fondo releer los números 20 y 21 de *Populorum Progressio* que describen de una manera brillante "el verdadero desarrollo que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones menos humanas a condiciones más humanas" (n. 20). Pablo VI a cinceladas incisivas esculpe peldaño tras peldaño este paso que nos conduce de condiciones menos humanas a condiciones más humanas. Puesto que *Sollicitudo rei socialis* es un homenaje a *Populorum Progressio* es conveniente seguir a Pablo VI en su argumento.

"Menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital, y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, provengan ellas de los abusos del tener o de los abusos del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el ascenso desde la miseria hacia la posesión de lo necesario, la victoria sobre las lacras sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: la acrecentada consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación al bien común, la voluntad de paz. Todavía más humano es el reconocimiento por el hombre de los valores supremos, y de Dios que es su fuente y su meta. Más humanas, al fin y sobre todo, la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad del hombre, y la unidad en la caridad de Cristo, quien nos llama a participar como hijos en la vida del Dios Vivo, Padre de todos los hombres" (n. 21).

### En el corazón de *Sollicitudo rei socialis*

He aquí la trayectoria que Juan Pablo II dibuja con mano firme veinte años después. Decepcionados o traicionados por los modelos de desarrollo que se han fabricado o que se les ha impuesto, numerosos pueblos han llegado a dudar del desarrollo mismo y a pensar que esa estrella hacia la cual avanzaban no es más que un astro apagado. También, afrontando el riesgo de pasar por banal por repetitivo, Juan Pablo II ha querido relanzar el desarrollo como la palanca capaz de dinamizar todavía el mundo, volviendo a darle toda la plenitud de sentido que Pablo VI había querido insuflarle.

En este punto, tenemos que considerar el capítulo IV ("*el desarrollo humano auténtico*") como la clave de toda la encíclica. Demasiados comentarios se han saltado este capítulo, cuya fuerza proviene de su arraigo en la Sagrada Escritura. Muy típica, reguladora y estimulante me parece

esta afirmación de Juan Pablo II: "Un desarrollo que no es solamente económico se mide y se orienta según esta realidad y esta vocación del hombre mirada en su totalidad, es decir, según un parámetro interior que le es propio" (n. 29). Y como para impedirnos de distraernos en esta reflexión central, Juan Pablo II inventó una palabra paradójica contrapuesta al subdesarrollo: "el sobredesarrollo", expresión casi irónica que muestra el lado falaz e insatisfactorio de una civilización llamada del consumo (n. 28).

### El desarrollo, imperativo moral

Juan Pablo II no cambia, pues, el leitmotiv de *Populorum Progressio*; pero, en una nueva situación del mundo bien diferente de la de 1967, transpone los acentos y prolonga la frase musical. Para eso, introduce un capítulo nuevo (cap. V) titulado "*una lectura teológica de los problemas modernos*". Haciendo ver que "una voluntad política eficaz", por muy "necesaria" que sea, es "insuficiente", Juan Pablo II se propone poner en relieve la dimensión ética de su reflexión. No escribe como experto economista ni como líder político, sino como pastor que ha escuchado y visto mucho. Sobre todo, nos sitúa en ese lugar donde se juega en definitiva el porvenir del mundo: el corazón de la persona, enredado en un pecado siempre personal pero a menudo cristalizado en "estructuras de pecado" (n. 36), cuyos dos rasgos principales son "el deseo exclusivo de lucro y la sed de poder" que oprime y aplasta al hombre (n. 37). Coraje se necesita hoy para abrir así —como Juan Bautista— el verdadero camino del desarrollo, el que pasa por la conversión y por el cambio de mentalidades más que sólo por las técnicas. Juan Pablo II no oculta que "es un camino largo y complejo, hecho siempre precario, sea por la fragilidad intrínseca de los designios y de las realizaciones humanas, sea por las mutaciones de las condiciones externas extremadamente imprevisibles" (n. 38).

En la misma perspectiva ética, Juan Pablo II apela a la solidaridad, considerada no sólo como una necesidad económica o un factor político, sino como un imperativo moral que se apoya sobre la visión de un mundo tomado en su globalidad y en su cabal unidad. De la solidaridad, palabra de connotación jurídica y de resonancia laica e incluso libertina, Juan Pablo II hace precisamente una "virtud cristiana" (n. 40) y como un nuevo nombre de la caridad universal.

### Más allá de los "mundos" la profunda unidad del mundo

Solamente desde esta visión teológica puede comprenderse todo lo que Juan Pablo II dice de los bloques, de las dos ideologías dominantes y amuralladas cuya evocación hace correr más tinta en la prensa que en la encíclica.

El rigor y el vigor de sus críticas no se inspiran en la visión política de un mundo destrozado, sino en la pasión del Papa por restaurar el plan creador de una familia humana donde todos son iguales e igualmente

amados por Dios. En el fondo no hay nada nuevo en el pensamiento de Juan Pablo II cuando describe las tensiones Este-Oeste y las desigualdades Norte-Sur con su interacción (ver en particular los dos mensajes de paz a comienzos de 1986 y de 1987). Pero sin duda *Sollicitudo rei socialis* hace más aguda esta mirada al dirigir la puntería hacia el desarrollo de los hombres y de los pueblos considerados como víctimas de "dos concepciones del desarrollo... ambas imperfectas y necesitadas de ser radicalmente corregidas" (n. 21). Pues, agrega, esta oposición Este-Oeste "contribuye a ensanchar la brecha existente ya en el plano económico entre el Norte y el Sur". Y Juan Pablo II argumenta enseguida: "esa es una de las razones por las cuales la doctrina social de la Iglesia adopta una actitud crítica tanto ante el capitalismo liberal como ante el colectivismo marxista. En efecto, desde el punto de vista del desarrollo, uno se pregunta espontáneamente en qué medida o de qué manera estos dos sistemas son capaces de transformaciones o de adaptaciones para favorecer o promover un desarrollo verdadero e integral del hombre y de los pueblos en la sociedad contemporánea. Más que un juicio teórico sobre las ideologías, tal como lo había formulado en 1971 Pablo VI en *Octogesima Adveniens* (ver n. 26 a 37), aquí se trata de un juicio práctico en referencia al problema del desarrollo. En esta misma perspectiva es como hay que leer la descripción que hace "en su aspecto positivo" del movimiento internacional de los países no alineados. Todo este número 21 muestra hasta qué punto la idea de desarrollo es de veras la clave de lectura de toda la encíclica, aún en sus partes aparentemente más políticas, sin olvidar la alusión de pasada a las armas atómicas "acumuladas de una manera increíble (n. 24) y al comercio de armas que según precisa él, es "un comercio sin fronteras capaz de atravesar incluso la barrera de los bloques" (n. 24).

#### La doctrina social de la Iglesia o relación entre historia y fe

Hacia el final de la encíclica, Juan Pablo II se extiende bastante largamente (nn. 41 y 42) sobre la doctrina social de la Iglesia que constituye como el llavero que permite abrir camino hacia un verdadero desarrollo. Empleo la imagen del llavero que ilustra bien la afirmación del Papa de que la doctrina social de la Iglesia no es una "tercera vía".

Algunos comentaristas han destacado esta afirmación como si fuera nueva en el pensamiento de la Iglesia. Pero es importante tenerla en cuenta, cuanto más que es primera vez que aparece en una encíclica.

Es verdad que la Iglesia no puede apropiarse del evangelio para sacar de él una política única, una maqueta ideal de la sociedad. Toda tentativa de acoplar exclusivamente el nombre cristiano a un partido, a una civilización, ha estado siempre condenada tarde o temprano al fracaso. Pero esta tentación no cesa sin embargo de renacer como acunada por la nostalgia de un paraíso perdido, de una sociedad perfecta de la cual la Iglesia tendría la clave. Y la memoria histórica, que no olvida alguna etapa de la vida de la Iglesia tenida y manchada de tales confusiones, hace hoy a mucha gente sospechar de las intenciones incluso más puras

de la Iglesia; algunos ven aún en su doctrina social el último suspiro del poder temporal de los Papas. Por tanto, si hay lugar para un pluralismo de vías que evite transformar todo combate político en guerra de religión, no habría sin embargo que devaluar la doctrina social de la Iglesia como lo indica la misma palabra "doctrina". Muy cercana a las fuentes de la fe y también a los llamados, a las necesidades, a la experiencia de los cristianos comprometidos, la doctrina social de la Iglesia habla a veces en imperativo, otras veces en optativo, pero nunca es para dejarla de lado: su luz permite delimitar el campo de las alternativas moralmente admisibles. He ahí por qué todo cristiano en cualquier nivel de responsabilidad social debe asumir una encíclica como *Sollicitudo rei socialis* sin tratar de descargarla sobre otras espaldas ni de seleccionar de ella lo que valga para sus propios intereses.

Por lo demás, así es como progresa y se enriquece una doctrina social que es ante todo una vida y no una naturaleza muerta, escrutando sin cesar los "signos de los tiempos" de los cuales hablaba el concilio Vaticano II, para reavivar la relación siempre nueva y frágil entre historia y fe. Con razón se ha dicho que al aplicar una encíclica social los laicos preparan la siguiente. Y los puntos concretos de aplicación no faltan en *Sollicitudo rei socialis* que, en su capítulo VI, presenta "algunas orientaciones particulares" que merecen la atención de todos, especialmente de los responsables de la sociedad económica y política.

#### **Todo es posible a quien cree en Dios y en el hombre**

Hay comentaristas que han hablado de una encíclica pesimista. Por cierto que no lo es. El "panorama del mundo contemporáneo" bosquejado por Juan Pablo II en el capítulo III y que abarca casi un tercio de la encíclica, corresponde a las observaciones más comunes hechas en todas partes veinte años después de *Populorum Progressio*. ¿Quién no suscribiría este "primer hecho" subrayado por el Papa: "las esperanzas de desarrollo, entonces tan vivas, parecen hoy mucho más lejanas aún de su realización" (n. 12). La famosa brecha entre ricos y pobres, entre "los pueblos del hambre y los pueblos de la opulencia" (Pablo VI) es más ancha que nunca, aun cuando Juan Pablo II reconoce que ciertos países (sobre todo asiáticos) tienen también su buen despegue económico. Las disparidades y dependencias son más espantosas que nunca entre el Norte y el Sur... ¿Y qué país o qué ciudad no tiene ya su propio Norte y su propio Sur? El Papa no teme afirmar que el panorama actual es "en su mayor parte negativo"; pero, al mismo tiempo se las arregla para descubrir algunos índices positivos, como "la toma de conciencia mayor de la dignidad del hombre y también la convicción de una radical interdependencia" (n. 26).

Por lo demás, si la Iglesia es capaz de resistir sin pánico las visiones más trágicas de la humanidad, es porque tiene los medios para transfigurar los gérmenes de muerte en semillas de eternidad. El realismo de la fe que conduce con seguridad a la Pascua a través del camino inevitable de la cruz es la mejor palanca para transformar personas egoístas en solidarias: les da el gusto y la pasión por hacer la tierra más habitable en la justicia

y la paz. En este sentido no habría que pasar por alto la conclusión de la encíclica como si no fuera más que una piadosa exhortación ritual. El mundo, desencantado, necesita que se le diga que todo es posible a quien cree en Dios y en el hombre, lo cual es una sola cosa. De allí viene el llamado expreso lanzado por Juan Pablo II en el espíritu del encuentro de Asís (27 de octubre de 1986), "a los que comparten con nosotros la herencia de Abraham" y "a todos los discípulos de las grandes religiones del mundo" (n. 47).

Veinte años después de *Populorum Progressio*, no se trata de ponernos más modestos en nuestras ambiciones por el desarrollo de los pueblos, sino al contrario, más audaces en nuestras iniciativas. En eso, la cuestión social es primero una cuestión espiritual. Esa es la palabra de vida que corre a lo largo de *Sollicitudo rei socialis*.

25 de febrero de 1988.